


Lo boliviano y lo indígena en la construcción arqueológica del post-Tiwanaku altiplánico. Narrativas no inocentes y alternativas futuras

 Juan Villanueva Criales*

Fecha de recepción: 14 de noviembre de 2016. Fecha de aceptación: 10 de mayo de 2017.

Resumen

Este escrito considera las genealogías de dos conceptos muy presentes en la arqueología del Intermedio tardío (ap. 1100 – 1450 d.C.) en el altiplano de la actual Bolivia. Dichos conceptos son el “colapso” que separa este período del inmediatamente anterior, el Horizonte Medio Tiwanaku (ap. 500 – 1100 d.C.) y la noción de que el Intermedio tardío estuvo poblado por “señoríos aymaras”. Mediante la revisión bibliográfica detectamos que ambas narrativas, empleadas por la arqueología procesual estadounidense y la arqueología histórico-cultural boliviana respectivamente, tienen su origen en contextos ideológicos y políticos anteriores que se esfuerzan por consolidar un estado nacional en detrimento del indígena contemporáneo. Terminamos el texto con una reflexión acerca del carácter no inocente de estas narrativas arqueológicas y posibles alternativas futuras.

Palabras clave

historia de la arqueología;
Bolivia;
período Intermedio tardío

Abstract

In this paper, we consider genealogies of two very current concepts for nowadays-Bolivian altiplano Late Intermediate period (ca. 1100 – 1450 A.D.) archaeology. Those concepts are the “collapse” that separates that period from the one immediately earlier, Middle Horizon Tiwanaku (ca. 500 – 1100 A.D.), and the idea of a Late intermediate populated by aymara “señoríos” or chiefdoms. Our bibliographic survey detects that both narratives, employed respectively by processual American archaeology and cultural-historical Bolivian archaeology, originate in precedent ideological and political contexts that thrive to consolidate a national State, in detriment of contemporary indigenous people. The text ends with a reflection about the non-innocent character of these archaeological narratives, and with possible future alternatives.

Keywords

archaeology history;
Bolivia;
Late intermediate period

Introducción

La arqueología sobre el Intermedio tardío (ap. 1100 – 1450 d.C.) en el altiplano actualmente boliviano es un tema relativamente poco estudiado, especialmente si se lo

* Museo Nacional de Etnografía y Folklore, La Paz, Bolivia / juan.villanuevacriales@gmail.com

compara con el estudio del surgimiento y auge de la formación política Tiwanaku en la cuenca del Titicaca, que tiene lugar en un período temporal inmediatamente anterior. Cabe notar que la concepción de este período en otras regiones del país, fundamentalmente en los valles interandinos, ha sido ampliamente discutida en una orientación tendiente a revertir el Tiwanaku-centrismo de la arqueología boliviana (Ángelo, 2005a). Sin embargo, en esta ocasión nos concentramos en la región altiplánica, donde el tema ha recibido menor consideración teórica.

Actualmente existen dos narrativas dominantes con respecto al Intermedio tardío altiplánico. La primera gira en torno a un colapso abrupto, de índole medioambiental, hacia el año 1100, que genera un corte nítido entre la época Tiwanaku y el Intermedio tardío. La segunda caracteriza las sociedades del Intermedio tardío como un mosaico multiétnico de señoríos de habla aymara, en constante pugna. Este artículo se dedica a explorar bibliográficamente los orígenes de estos dos constructos narrativos, para después discutirlos en función de los contextos históricos y políticos de las épocas en que estos fueron generados, que en gran medida se caracterizan por ideologías indigenistas y nacionalistas. El Intermedio tardío representa a los antecesores más antiguos de “lo aymara”, es decir de lo indígena en el altiplano, que fueron posteriormente inkanzados e hispanizados resultando en el aymara contemporáneo. Por ello, las consideraciones acerca de este periodo en relación con aquellos emblemáticos de la “bolivianidad” como el Horizonte Medio Tiwanaku, pueden entenderse como sintomáticas del modo en que se plantea la relación política entre lo indígena y lo nacional.

En este texto, comenzamos resumiendo las primeras discusiones relativas al Intermedio Tardío a inicios del siglo XX, basadas en preguntas funcionales y cronológicas, para luego abordar una suerte de genealogía de dos constructos narrativos clave: el colapso como quiebre entre Tiwanaku y el “post-Tiwanaku” y el esquema multiétnico de “señoríos aymaras”. Es importante notar que, aunque presentamos ambas genealogías por separado por razones de orden, debe entenderse que las mismas suceden casi simultáneamente y, de hecho, llegan a influenciarse mutuamente. Posteriormente, realizamos una discusión donde estos constructos se ponen en relación con contextos políticos e ideológicos, a fin de delatar el origen no inocente de las narrativas que emplean tanto la arqueología procesual estadounidense como la arqueología histórico-cultural boliviana para considerar al Intermedio Tardío. Terminamos con una reflexión breve acerca del uso no reflexivo de los conceptos y algunas sugerencias de vías interpretativas alternas.

Primeras consideraciones: cronología y función

Las torres funerarias o *chullpares* son rasgos arquitectónicos altamente llamativos y visibles construidos en tiempos prehispánicos tardíos en varias regiones del altiplano actualmente boliviano. Tal vez por ello, los *chullpares* son referidos tempranamente por cronistas hispanos y mestizos (Guamán Poma, 1993 [1615]) y posteriormente, también, por estudiosos extranjeros como el estadounidense Ephraim Squier (1870) o el francés Charles Wiener (1880) (Figura 1).

La función de estas torres fue uno de los primeros tópicos de interés de los arqueólogos que visitaron Bolivia a inicios del siglo XX. En su estudio de las Islas Titicaca y Koati, hoy llamadas Islas del Sol y la Luna, en la cuenca del Lago Titicaca, el suizo Adolph Bandelier (1910) sugirió que estas estructuras eran inequívocamente funerarias. Casi paralelamente, al estudiar un sitio con torres cónicas o *praasas* del río Mauri, en el altiplano central, Posnansky, de origen austríaco y residente en Bolivia, las conceptuó como antiguas viviendas en base al topónimo local *chullpa uta* o “casa del chullpa” (Posnansky, 1912). La problemática se zanjó décadas después, cuando



Figura 1. Torres funerarias en ilustraciones de Guamán Poma de Ayala (izq.) y de Ephraim Squier (der.).

en el marco de sus investigaciones en el sitio de Khonkho Wankane, en la cuenca sur del Titicaca, el arqueólogo sueco Stig Rydén, discípulo de Erland Nordenskiöld, ubicó los materiales cerámicos usualmente asociados a las torres funerarias también en sitios habitacionales (Ryden, 1947).

Regresando a la década de 1910, es importante notar que paralelamente a las cuestiones funcionales respecto de los *chullpares* se desarrollaban también preguntas cronológicas. Guiado una vez más por los conceptos de los habitantes de las islas del lago Titicaca, Bandelier definió el “período Chullpa” y su cerámica asociada, homónima, ubicándolos en un momento preinkaico. Bandelier realizó también consideraciones acerca de la tosquedad de la arquitectura y cerámica Chullpa en contraste con los materiales inkaicos, más finos.

A lo largo de las décadas de 1930 y 1940, la cronología del Intermedio Tardío se afinó gradualmente. Las excavaciones del estadounidense Wendell Bennett (1934) en Tiwanaku, el sitio más notable de la cuenca sur del Titicaca, detectaron una cerámica similar a aquella que, en la Isla del Sol, Bandelier había denominado Chullpa. Para Bennett, la presencia de rasgos tanto Tiwanaku como inkaicos en esta cerámica “post Tiahuanaco Decadente” sugería una posición intermedia entre ambos momentos. Esta idea se reforzó por las excavaciones emprendidas por Rydén en Khonkho, donde se detectó este material en un contexto estratigráficamente separado. Luego, rebautizado por Bennett como Khonkho Negro sobre Rojo, este componente cerámico se vinculó al Collao Negro sobre Rojo que había definido Marion Tschopik (1946), en el costado peruano de la cuenca del Titicaca. De todas maneras, habrá que esperar unas décadas para que la posición cronológica absoluta de fines de Tiwanaku (1172 d.C.) y de inicios del “post-Tiwanaku” (1150 a 1200 d.C.) se consolidara mediante dataciones C14 de contextos estratigráficos de los sitios de Tiwanaku e Iskanwaya, respectivamente (Ponce Sanginés, 1985).

Sin embargo, la ubicación cronológica de las “casas-tumba de adobe” del altiplano central, como las denominó el personaje emblemático de la arqueología boliviana en la segunda mitad del siglo XX, Carlos Ponce Sanginés, tardaría incluso más en consolidarse. Aún en la *Primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana* de 1953, evento organizado por Ponce y el argentino Dick Ibarra Grasso, y que marcó un quiebre fundamental en la orientación de la arqueología boliviana, había cierto disenso sobre

este tópico. Ponce tendía a adscribir las torres al período “chullpa” (Ponce Sanginés, 1957), mientras Ibarra Grasso (1957b) se sustentaba en vínculos hiper-difusionistas con la costa peruana y Mesoamérica para sugerir que las torres serían más antiguas. A lo largo de las décadas posteriores se naturalizó la noción de que, por asociación con materiales Post-Tiwanaku, las *chullpas* eran post-Tiwanaku también, más allá de consideraciones iconográficas que ligaron a ciertos ejemplares concretos con el Inka (Gisbert et al., 1987). Solo a inicios de este siglo, fechados radiocarbónicos del componente vegetal de ciertas torres del altiplano central y del norte de Chile situaron definitivamente a las torres en los siglos XIV a XV (Kesseli y Pärssinen, 2005).

Una genealogía del “colapso” Tiwanaku

Más allá de las consideraciones cronológicas, hubo pocos esfuerzos durante la primera mitad del siglo XX por explicar la índole del cambio entre el período Tiwanaku y “post-Tiwanaku”. Ciertamente, Bennett (1934) concibió su cronología para Tiwanaku –la primera basada en excavaciones estratigráficas- a partir de una lógica de surgimiento, auge y decadencia, de donde emergieron sus tres momentos: Tiwanaku Temprano, Tiwanaku Clásico y Tiwanaku Decadente. Dentro de este esquema, el “post-Tiwanaku Decadente” apareció como una continuación natural de la decadencia inherente a las últimas fases Tiwanaku. Solo en momentos tardíos de su carrera este autor sugirió, levemente, la posibilidad de una disgregación post-Tiwanaku, sin establecer causas claras (Bennett, 1950). Así, para los años 50 primaba la peculiar tesis de Arthur Posnansky, explícitamente opuesta a la de Bennett:

El volcán Kapia, que se halla a unos sesenta kilómetros al frente de la metrópoli, arrojó torrentes de agua candente, de fuego y cenizas y así, en pocas horas, sucumbió una portentosa cultura que había necesitado milenios para generar. ¡Sic transit gloria mundi! En Tiwanaku no hay período de decadencia (Posnansky, 1945: 86-87).

La noción de un cataclismo como causa del final de Tiwanaku fue criticada por Ponce, quien etiquetó al, por entonces, fallecido Posnansky como un continuador del catastrofismo del siglo XIX (Ponce Sanginés, 1957). En 1972, Ponce escribió en su *Tiwanaku: Espacio, Tiempo y Cultura* este párrafo fundamental sobre el final de Tiwanaku:

Extraño que hacia el siglo XIII de nuestra era ese imperio se desplomara de súbito y Tiwanaku quedó sumido en el ocaso, por causas todavía no elucidadas, descartándose la hipótesis de un cataclismo porque no hay ninguna huella del mismo, ni tampoco por conquista de un pueblo ajeno del que no se divisa rastro (Ponce Sanginés, 1972: 86).

Así, Ponce se distanciaba de las ideas de decadencia de Bennett. El que para él era un “imperio”, extendido entre el sur del Perú y el noroeste argentino, se desplomaría súbitamente al igual que en el escenario de Posnansky. Sin embargo, Ponce atacó la hipótesis catastrofista y también la idea, para entonces muy presente, de la conquista externa como causa del “colapso” Tiwanaku. Esta última propuesta se basaba en la dispersión de lenguas prehispánicas según documentos coloniales. El lingüista peruano Alfredo Torero (1970) vinculó la lengua puquina con Tiwanaku y la aymara con invasores posteriores venidos de Ayacucho. Su visión fue compartida por varios historiadores, cuyos escenarios se diferenciaron solo por el origen postulado para estos invasores aymaras foráneos, alternativamente el norte de Chile (Gisbert et al., 1987) o el altiplano boliviano meridional (Espinoza Soriano, 1980)(Figura 2).

Por contraste, la disgregación postulada por Ponce implicaba una continuidad poblacional entre Tiwanaku y el “post-Tiwanaku”. Esta idea no era nueva pues, como vimos,

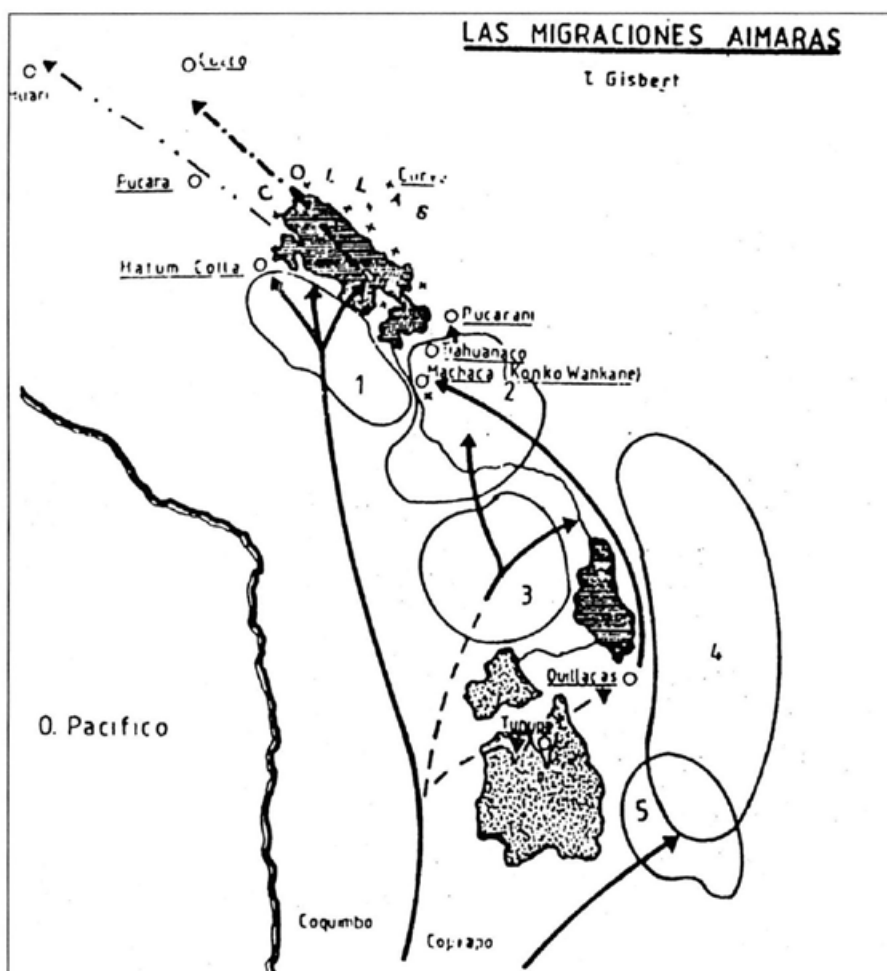


Figura 2. Mapa de invasiones aymaras de 1987 elaborado por Gisbert et al.

la había anticipado Bennett y aún antes Ibarra Grasso, al sugerir que “los constructores de Tiahuanaco fueran los Pacajes” (1944: 149). Sin embargo, Ponce enarbó la idea desde una posición de poder político –era el director del Instituto Nacional de Arqueología (INAR) y, por tanto, la voz autorizada de la arqueología estatal-, contra una noción muy aceptada en ciertos círculos académicos. En décadas posteriores, la idea de continuidad se sustentó en evidencias de patrones de asentamiento en el valle de Tiwanaku (Albarracín-Jordán, 1996) y en la pervivencia de patrones técnicos cerámicos (Janusek, 2003a). En este punto cabe insertar un matiz y es que, a pesar de reivindicar una continuidad entre Tiwanaku y los aymaras, Ponce no mostró mucha estima por las poblaciones “post-Tiwanaku”: “Muy probablemente se sumergieron ellos en luchas estériles y como consecuencia abismados en un proceso de barbarie, ya que se ignora de obras relevantes que daten de tal etapa” (Ponce Sanginés, 1978a: 18).

Para Ponce, el Intermedio tardío era un ocaso o abismo de “barbarie” en el que se sumergió “súbitamente” el esplendor tiwanakota. Es sintomático que el Intermedio tardío altiplánico fuera excluido de la principal obra de síntesis de Ponce, *Panorama de la Arqueología Boliviana*, incluso hasta la edición de 1985. En la edición de 1978, Ponce añadió como causa posible del colapso: “(...) una disgregación política, asociada a una etapa de malas cosechas y agotamiento de los depósitos estatales, que hizo desaparecer el nexo de unión” (Ponce Sanginés, 1978a: 18).

Esta noción del colapso económico-ambiental de Tiwanaku antecedió la narrativa procesualista estadounidense sobre este fenómeno, ya en la etapa siguiente de la

arqueología boliviana, que coincidió con el fin de las dictaduras y la gradual apertura neoliberal. Autores como Alan Kolata dedicaron sustanciales esfuerzos a la documentación de la tecnología agrícola de campos elevados o *sukakollus* en los alrededores de Tiwanaku, para sugerir que una agricultura hiper-productiva había permitido una generación de excedentes suficientes para el desarrollo de la complejidad, teniendo Tiwanaku las características de un estado (Kolata, 1986). Desde ese punto de vista, datos paleoclimáticos que sugerían sequías hacia los siglos finales de Tiwanaku se entendieron como causas de un colapso agrícola, detonante de la disgregación. Charles Ortloff y Kolata refirieron así el trabajo de su colega y compatriota Charles Stanish, en la región lacustre peruana de Juli-Pomata:

Provocativamente, Stanish sugiere que con el colapso de la agricultura de campos elevados Tiwanaku en la región, hubo un cambio hacia un énfasis creciente en el pastoralismo de camélidos para reemplazar recursos alimentarios. Semejante cambio acarrearía cambios dramáticos en la logística de subsistencia y, correlativamente, en la estructura del orden social prevaeciente, hacia una sociedad más dispersa, móvil (y posiblemente agresiva) (Ortloff y Kolata, 1993: 214).

Así, se retomó la retórica del Intermedio Tardío “bárbaro” -sugerida por Ponce-, aunque revestida del carácter ecológico determinista del procesualismo estadounidense, con catástrofes ambientales como causas del final “súbito” de Tiwanaku. Desde luego, lo que acontecía después de la disgregación no era agrícola y no poseía el mismo grado de “complejidad” que el “estado” Tiwanaku al interior de la escala neo-evolucionista de tipos sociales, permaneciendo presumiblemente en el rango inferior de las “jefaturas”.

En una etapa posterior, esta interpretación procesual del colapso fue complejizada al integrarse conceptos como la heterarquía y otros relacionados con la teoría de la agencia. John Janusek, principal exponente actual sobre la temática Tiwanaku y de una arqueología estadounidense de tendencia “hegemónica” en el contexto global, planteó:

Como solo un escenario posible, sugiero que tras el 800 d.C. los líderes del estado intentaron ejercer un control más directo sobre muchos grupos locales, y posiblemente sobre otros grupos de elite, presentando un reto para las bases del poder y autonomía económica local (...) El control hegemónico creciente, porque no podía abolir las bases de la autonomía local, exacerbaba las tensiones ya inherentes a estructuras sociales delicadamente equilibradas. Una vez que el cambio climático y el stress productivo comenzaron a amenazar las bases del poder estatal con toda su fuerza, la estructura socio política desequilibrada experimentó crisis y finalmente, quizás violentamente, se fragmentó (Janusek, 1994: 384).

Esta idea, sostenida en el trabajo posterior del autor (Janusek, 2005, 2008), surgió de la conciliación forzada de dos influencias: el Estado burocrático Tiwanaku de su mentor, Alan Kolata, y la inserción de conceptos andinos como el *ayllu* y la *marka* para explicar a Tiwanaku como un Estado segmentario -realizada a inicios de 1990 por el boliviano Juan Albarracín Jordán (1996). El resultado era un escenario dicotómico, formado por una tensión entre fuerzas centrípetas, estatales o “jerárquicas” y fuerzas centrífugas, locales o “heterárquicas”. En una primera etapa, los segmentos locales disfrutaron de cierta autonomía respecto del Estado, pero desde el 800 d.C. este último impuso una creciente presión centralizadora sobre los segmentos locales, que -con la crisis ambiental como condición última- ocasionó el colapso. Janusek no consideró que las estructuras sociales de los aymaras históricos y contemporáneos hubieran podido generar algo como Tiwanaku:

Muchos patrones contemporáneos, de hecho, son bastante tardíos en origen. Las entidades políticas históricamente documentadas del altiplano fueron incorporadas

al imperio Inka y luego al régimen colonial español. La conquista e incorporación en ambos casos implicó reorganización política significativa. Como se documenta en las fuentes del siglo XVI, la centralización era relativamente débil, constreñida por fuertes poderes locales. (...) Las entidades políticas más tempranas de la región pueden haberse organizado según líneas muy diferentes, más posiblemente con relaciones más profundamente jerárquicas (Janusek, 2003b: 267).

Desde luego, tras el colapso, las “fuerzas heterárquicas” locales se reorganizaron en ausencia de la hegemonía jerárquica estatal, dando paso a una etapa cualitativamente diferente de la de Tiwanaku. La narrativa de Janusek contradujo los principios de la organización segmentaria andina, aspecto criticado por otros autores (Albarracín-Jordán, 2007), y adscribió a la propuesta de los años '70, sugerida por Ponce y revestida superficialmente con matices procesuales por Kolata. Janusek añadió otra capa superficial de agencia post-estructural, sin cuestionar en absoluto los elementos nucleares de la explicación inicial: la dicotomía “civilizado-bárbaro” fue eufemizada por dicotomías de mayor corrección política como “complejo-simple” o como “jerárquico-heterárquico”, y los cambios ambientales se impusieron como causa final de la disgregación.

Una genealogía de los “señoríos aymaras”

En esta sección trascendemos las consideraciones sobre la transición Tiwanaku - “post-Tiwanaku”, para incidir en las caracterizaciones de las sociedades de este último momento. Estas interpretaciones oscilaron entre posturas que reconocieron y enfatizaron características comunes a todo, o a gran parte, del altiplano en esta época, y posturas que hicieron hincapié en las diversidades locales. Fue relativamente temprana la queja de Bennett acerca del uso extendido del rótulo “Chullpa” acuñado por Bandelier para designar a todas las “vajillas sencillas del altiplano”. Bennett sugirió que, al interior de esta cerámica cuya característica principal era el uso de pintura negra sobre fondo rojo, existían diversos estilos, como el Sillustani o los ya mencionados Collao Negro sobre Rojo y Khonkho Negro sobre Rojo. Bennett insertaba una noción de área cultural, claramente histórico-cultural, al sugerir que las dispersiones de estos estilos se relacionaban con diferentes territorios étnicos: “(...) Los Colla ocupaban la sub-área de Taraco, los Lupaca las sub-áreas de Puno y Juli, los Pacasa la sub-área de Tiahuanaco y los Omasuyu las sub-áreas de Achacache y Moho, todas correspondientes generalmente a divisiones sugeridas por el registro arqueológico” (Bennett, 1950: 97).

Bennett fue un pionero en la aplicación de categorías étnicas del siglo XVI, provenientes de registros escritos, a la arqueología del Intermedio tardío altiplánico, tendencia que se generalizó en momentos posteriores. En la *Mesa Redonda* de 1953, Maks Portugal Zamora, arqueólogo boliviano, parecía adherir a un esquema heterogéneo similar al de Bennett: “(...) hasta el instante actual no se ha exhumado cerámica preinkaica ni tiwanacota en La Paz. De ahí que cabe plantear el interrogante, ¿qué alfarería corresponde a ese grupo pakasa?” (Portugal Zamora, 1957: 400-401). Más allá de Bennett y Portugal Zamora, es importante reconocer que Ibarra Grasso ya había empleado registros etnohistóricos para nombrar a grupos indígenas del territorio boliviano, generando un mapa de distribución territorial (Figura 3).

Para la *Primera Mesa Redonda*, esta prominente figura de la arqueología boliviana tenía una idea clara de la dispersión de culturas arqueológicas en la región de valles: Yampará, Presto Puno, Nazcoide, Chicha, Tarija, Chaquí, Huruquilla y Yura (Ibarra Grasso, 1957a, 1957b). Sin embargo, en marcado contraste con la noción de Bennett, para Ibarra Grasso el Intermedio tardío altiplánico era homogéneo. Basándose en el Reino Colla que figura en la crónica de Sarmiento de Gamboa, el autor asignaba todo el material

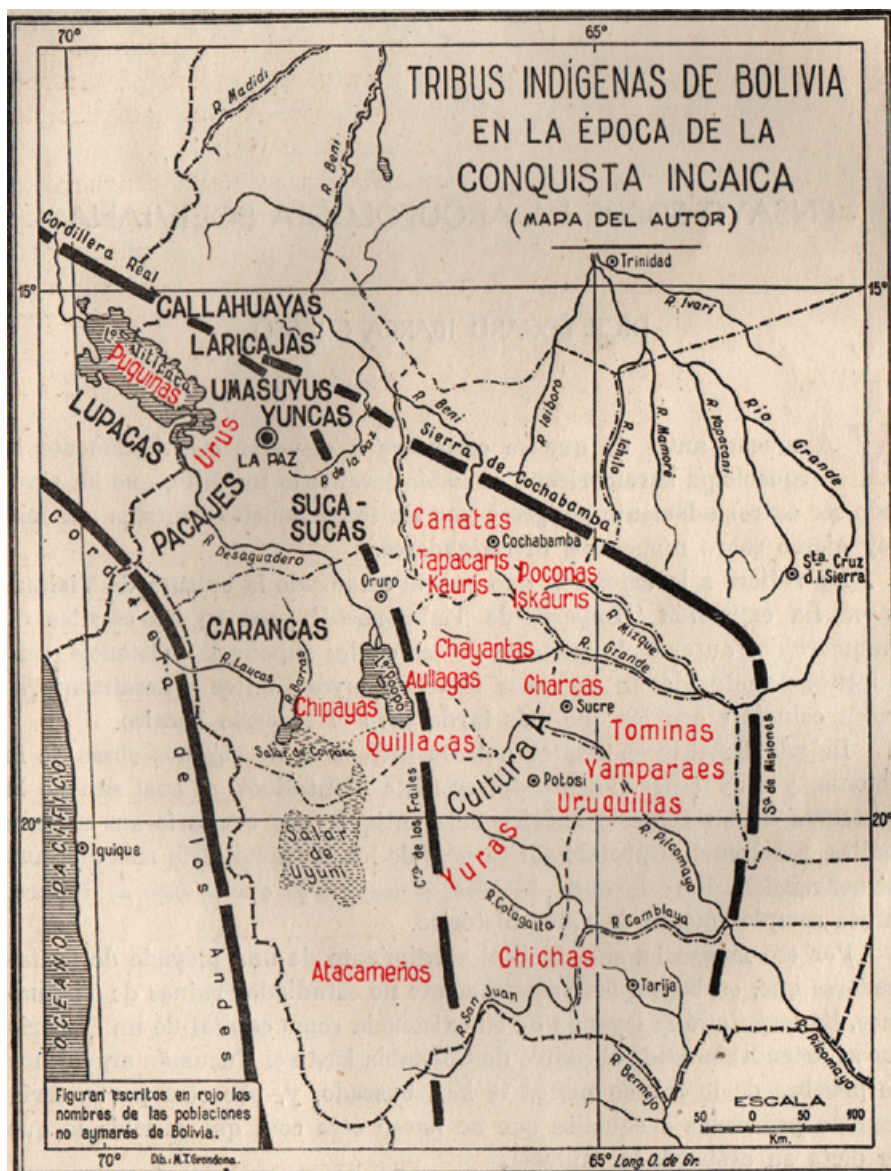
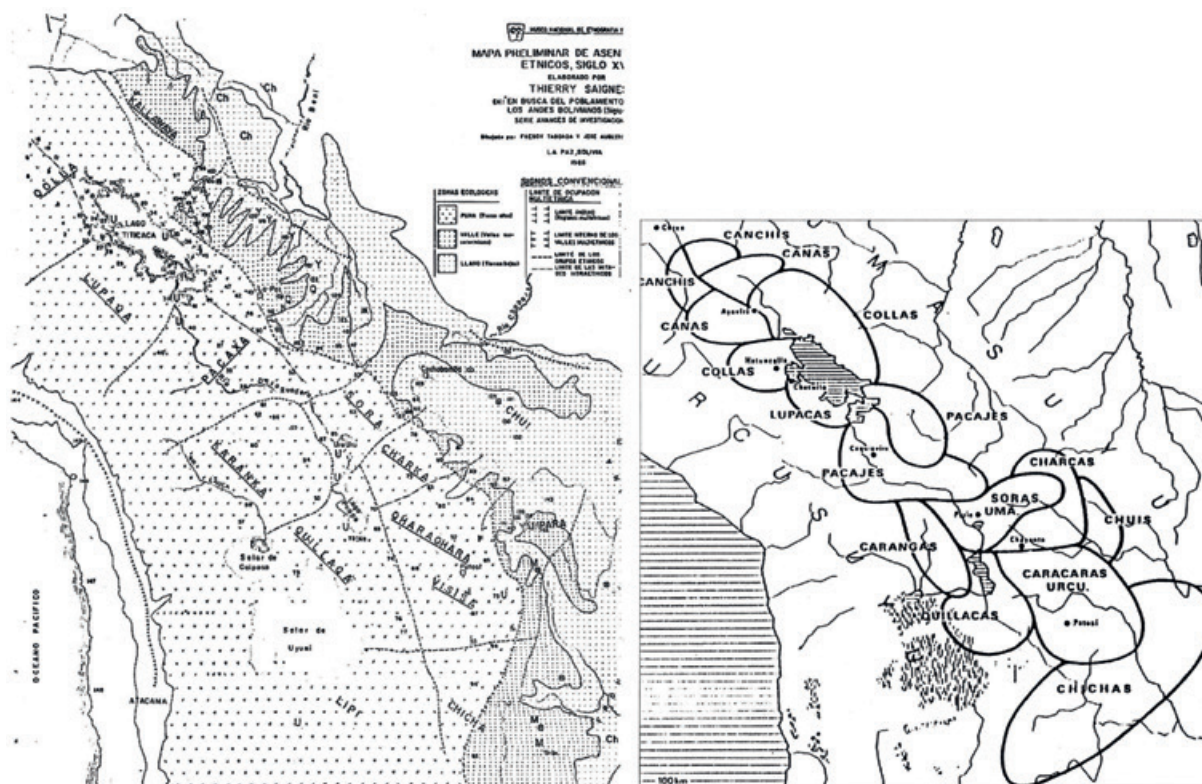


Figura 3. Mapa de grupos étnicos del territorio boliviano publicado en 1944 por Ibarra Grasso.

negro sobre rojo a una gran unidad política preinkaica, extendida entre Arequipa, Cochabamba y Chichas (Ibarra Grasso, 1958). Los *chullpares* del altiplano eran otro indicador de la amplitud de este “reino kolla-aymara” que Ibarra Grasso defenderá en sus obras posteriores (Ibarra Grasso, 1965; Ibarra Grasso y Querejazu Lewis, 1986).

El Reino Colla se convirtió en la visión dominante del post-Tiwanaku altiplánico durante dos décadas, incuestionada por estudiosos tanto bolivianos (Baptista Gumucio, 1975) como extranjeros (Trimmborn, 1967). Tal es la potencia del Reino Colla que el propio Ponce Sanginés se abstuvo de comentar el concepto durante la *Mesa Redonda*. Tal vez debamos situar biográficamente a ambos autores –Ibarra y Ponce– para explicar esta situación. En 1953, Ibarra Grasso contaba 40 años, diez de ellos dedicados, entre otras cosas, a recorrer regiones altiplánicas y vallunas de Bolivia identificando estilos cerámicos. Asimismo, había publicado dos libros y abundantes artículos y se había confrontado en acres discusiones de prensa con Posnansky, el arqueólogo referente de la primera mitad del siglo (Ponce Sanginés, 1994). Por contraste, Carlos Ponce tenía 28 años y su experiencia arqueológica se limitaba a algunas excavaciones en la región valluna de Larecaja, la última como aprendiz de Stig Rydén (Lémuz, 2005).



Ponce trabajó sobre *chullpares* del Intermedio tardío poco después de celebrada la *Mesa Redonda* y en esos reportes evitó emplear el término “cerámica Colla”, prefiriendo categorías técnicas como engobada, pintada y lisa, lo que tal vez delate su desacuerdo con la noción de Ibarra Grasso (Ponce Sanginés, 1953). Lo cierto es que pasaron veinte años para que Ponce, consolidado políticamente –por su afiliación al partido gobernante emanado de la Revolución Nacional de 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario o MNR- y académicamente –tras sus décadas de trabajo a la cabeza del Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT)- y como un auténtico mandamás de la arqueología boliviana, discutiera el Reino Colla. En su *Panorama de la Arqueología Boliviana* de 1978 aparecía esta descripción del “post Tiwanaku”:

Figura 4. Mapas territoriales de señoríos aymaras desarrollados por Saignes (izq.) y Bouysse-Cassagne (der.).

(...) el ámbito altiplánico quedó dividido en señoríos regionales, todos de habla aymara, entre los que se puede enunciar el kolla al noroeste del Titikaka, el lupaka hacia el occidente, el umasuyo al oriente y el pakasa, karanka y lipi al sur. Cabe añadir al charka en Cochabamba, k’arak’ara, al norte de Potosí y chicha al sur. No faltó algún estudioso que les adjudicó el rótulo de reinos, figura que se muestra a primera vista como inexacta, ya que no habrían tenido monarquías hereditarias en lo político (Ponce Sanginés, 1978a: 18).

Así, Ponce terminó insertando el discurso de los señoríos regionales o “señoríos aymaras” en la arqueología boliviana. Este párrafo fundamental se encontraba ausente de la argumentación en *Tiwanaku: Espacio, Tiempo y Cultura*, incluso, hasta 1976. Esto podría delatar el contacto de Ponce, hacia 1978, con historiadores franceses arribados a Bolivia en los 70, que desarrollaban los primeros mapas y diagramas de distribución territorial de señoríos étnicos de acuerdo a los registros coloniales tempranos, como Thierry Saignes (1986) y Thérèse Bouysse-Cassagne (1987) (Figura 4). Sin embargo, debe notarse que estos autores no fueron citados, como tampoco lo fueron discusiones previas sobre el tema, realizadas desde otros países andinos (Lumbreras, 1974; Murra, 1975). Una vez más, Ponce Sanginés explicitaba estas ideas desde una posición de mucho poder en el INAR.



Figura 5. Mapa del Intermedio tardío altiplánico basado en definiciones de cerámica arqueológica (elaboración propia).

La fragmentación conceptual del Reino Colla en los años 70 y su reemplazo por un mosaico multiétnico de “señoríos aymaras post-Tiwanaku” marcaron la arqueología boliviana hasta la actualidad. A partir de la década de 1980, los arqueólogos bolivianos –y también, en cierta medida, extranjeros– dedicados al estudio del Intermedio tardío definieron estilos cerámicos propios de cada señorío altiplánico, al interior de los territorios demarcados por la etnohistoria, siguiendo un programa marcadamente cladístico. Es imposible ignorar la influencia de Ponce Sanginés en este proceso: Jorge Arellano era investigador del INAR cuando definió, junto al argentino Eduardo Berberían, al señorío Mallku del norte de Lípez, “correspondiente a la etapa de Desarrollos Regionales post-Tiwanaku” (Arellano y Berberían, 1985: 5). Arellano sucedió a Ponce como Director del INAR al tiempo que definía el estilo Anantoko, precursor del Carangas en el altiplano central (Arellano y Kuljis, 1986). Paralelamente, el francés Patrice Lecoq (1985) describía las características de un “señorío Intersalar”.

Si al inicio la nomenclatura evitó referencias directas a los señoríos históricos, esto cambió cuando Max Portugal Ortíz (1988) asignó cierta cerámica de la provincia Pacajes al señorío homónimo. Portugal Ortíz era hijo de Portugal Zamora y Director del CIAT, fundado por Ponce y por su padre dos décadas atrás. En consonancia, la cerámica del señorío Intersalar se rebautizó con el nombre de la confederación Quillacas del siglo XVI (Lecoq y Céspedes, 1997).

Arellano y Portugal Ortíz fueron figuras vitales en la constitución de una academia arqueológica boliviana, al contarse entre los fundadores de la carrera de Antropología y Arqueología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) de La Paz en 1984. A la fecha, la UMSA sigue siendo la única entidad para la profesionalización en arqueología en Bolivia. A la vez, aunque retirado del INAR, Ponce se mantuvo como director del CIAT, reteniendo una fuerte influencia sobre el curso de la arqueología boliviana hasta su muerte, acaecida en 2005 (Lémuz, 2005).

A través de Arellano y Portugal Ortíz, la influencia del modelo de señoríos permeó notablemente el trabajo de varios de los primeros arqueólogos de la UMSA. De manera sintomática, Marcos Michel (2000) rebautiza el Anantoko como Carangas, asignándole una dispersión espacial idéntica al territorio histórico del señorío. Cabe reconocer que, a diferencia de la aplicación en Lípez o el Intersalar, donde los señoríos eran entendidos como sucesores demográficos de Tiwanaku, Michel enfatizó el desarrollo endógeno. De todas maneras, los señoríos impregnaron la nomenclatura arqueológica del Intermedio tardío, por ejemplo, con la expansión de Quillacas desde el Intersalar al sur del lago Poopó (Michel y Lémuz, 2001), con la separación de Omasuyos y Pacajes al Este del Titicaca (Portugal, 2011), o con la sugerencia de una cerámica Sora al noreste de Oruro (Pärssinen et al., 2010). Finalmente, se arribó a un panorama cladístico de señoríos aymaras plenamente isomorfo, a los mapas etnohistóricos de señoríos (Figura 5), extrapolándose un paisaje político del siglo XVI a, al menos, tres siglos atrás en el tiempo. La idea de que cada uno de estos señoríos se dispersaba sobre un territorio con fronteras cerradas se naturalizó completamente, salvo excepciones, en la producción subsecuente sobre Pacajes (Arano, 2015; Patiño y Villanueva, 2008), Carangas (Lima, 2012; Ticona, 2012) y Quillacas (Lima, 2014; Sejas, 2014).

Discusión: narrativas no inocentes sobre el Intermedio tardío

Es interesante leer este breve recuento de posturas acerca del Intermedio tardío altiplánico desde los contextos históricos que atravesó Bolivia a lo largo del siglo XX. Claramente las posiciones de la primera mitad del siglo XX, al menos aquellas provenientes de estudiosos asentados en el medio local boliviano como Posnansky, eran abiertamente racistas. Posnansky adscribía a la existencia de dos razas prehispánicas de indios, una de “mandones” –los kollas constructores de Tiwanaku- y otra de “mandados”, los arawak. Claramente para él, no existían en la actualidad indios kollas de “raza pura” (Posnansky, 1945).

En el contexto intelectual boliviano de inicios del siglo XX, el problema indio es de suma importancia, como se observa de modo notable en la discusión entre el indio como una raza inevitablemente atrofiada del *Pueblo Enfermo* de Alcides Arguedas (2012 [1909]) y la apertura hacia la posibilidad de la integración del indio a la sociedad, a través de la *Creación de la Pedagogía Nacional* que expuso Franz Tamayo (1975 [1910]). En ese contexto pueden leerse las actitudes aparentemente contradictorias de Posnansky: por un lado, un intento por ensalzar a Tiwanaku, la “cuna del hombre americano” como un emblema de orgullo nacional, con la respectiva resistencia de una parte de la elite urbana (Loza, 2008). Por otro lado, un desprecio abierto, hasta el punto de la confrontación, por el indígena contemporáneo.

Sin embargo, a partir de los años 40 el viraje de la política boliviana hacia el indigenismo se hizo patente. Visos de indigenismo pueden hallarse en el trabajo de Ibarra Grasso y, más notoriamente, de Portugal Zamora, cuyos escritos se caracterizaron por la recolección de nociones de las poblaciones locales, aunque de modo casi anecdótico. Sin embargo, el indigenismo, emitido desde las elites urbanas mestizas y desde una mirada paternalista, implicó buscar la “civilización” del indio para su integración a las fuerzas del Estado-nación, como señaló Fausto Reinaga (2001 [1970]).

Tal vez desde ese punto de vista se lea mejor la visión que postuló Ponce Sanginés acerca del colapso Tiwanaku y de los “señoríos aymaras”, ya en tiempos posteriores a la Revolución Nacional de 1952. Él se opuso a hipótesis que planteaban una ruptura radical entre las glorias de Tiwanaku y los ancestros de los aymaras contemporáneos, a las que subyacía la noción, no exenta de racismo, de la discontinuidad poblacional. Aquel Tiwanaku glorioso, imperial, que es enarbolado como emblema de bolivianidad y orgullo patrio, era entonces un antecedente de los indígenas contemporáneos y de todos los bolivianos. Sin embargo, al interior de la narrativa de continuidad poblacional, subyacía una marcada distinción cultural: Tiwanaku era una civilización urbana; el Intermedio tardío, un ocaso de barbarie.

La relación entre Tiwanaku como emblema nacional y el modelo de señoríos post-Tiwanaku se consideró desde ópticas divergentes y hasta opuestas. Para Michel:

La nueva información reportada por la etnohistoria nunca fue utilizada por la arqueología nacionalista debido a que resquebrajaba la idea de Tiwanaku como un poder monolítico: elemento unificador de la nación. Además el nacionalismo mostraba el pasado como un “continuum” sin las rupturas y transformaciones de la época colonial (Michel, 2009: 6).

Sin embargo, mostramos claramente que el modelo etnohistórico de señoríos no representaba en absoluto “nueva información” para la narrativa nacionalista ponciana. Al contrario, Ponce adscribía plenamente a ella. Siguiendo una postura divergente:

(...) el esquema evolucionista, unilineal y homogeneizante de esta interpretación (la de Ponce) fue reforzado por representantes de la escuela estructuralista anglo-francesa que puso en boga el concepto de “señoríos aymaras” (...) El término “señorío” pasó a significar aquello que antecedió la condición de sociedad-Estado, siguiendo el modelo evolutivo de las sociedades complejas, lo que resultó de la desestructuración del estado Tiwanaku (interpretado, esta vez, como parte de un proceso involutivo) (Ángelo, 2005b: 189).

Desde este punto de vista, ambos modelos se complementan dentro de una lógica de colonialismo interno, mediante el cual las elites toman el control de un pasado glorioso, en detrimento de la población indígena. Esta interpretación cobra más sentido en relación con la revisión bibliográfica que hemos expuesto.

Entonces, ¿cómo instrumentalizó el Estado-nación boliviano el modelo de señoríos aymaras post-Tiwanaku? El nacionalismo revolucionario del MNR era claramente modernista, entendiendo la revolución -hecha efectiva finalmente en abril de 1952- como la única alternativa al atraso de Bolivia. No extrañamente, Ponce (1978b) concebía la arqueología como un elemento clave del desarrollo nacional. La Reforma Agraria convirtió el manejo comunitario de la tierra en propiedad individual, buscando integrar al indio a la nación moderna. Como bien indica Ximena Soruco (2006), el mestizaje, constructo de origen común nacional, implicó la negación del pasado indígena o cholo; pronto se mimetizó lo mestizo como lo criollo.

En la necesidad de este ocultamiento de lo indígena se encuentra la funcionalidad de la relación Tiwanaku-señoríos. Las elites bolivianas, criollo-mestizas, pueden remitirse a un Tiwanaku esplendoroso. El mismo es compartido con los indígenas, pero es apropiado y controlado por los mestizos, como sugiere Ángelo (2005b). Creemos que este fenómeno opera mediante la narrativa de un post-Tiwanaku disgregado en señoríos enfrentados, “sumidos en la barbarie”. Tal vez por ello se desecha la imagen de un reino kolla-aymara unificado que sugería Ibarra Grasso: el mismo, al otorgar a los aymaras la referencia de un pasado glorioso propio, luego sometido a la opresión colonial, les proveía reivindicaciones peligrosas para el *statu quo* nacional.

En cambio, un post-Tiwanaku oscuro y violento justificaba que una élite de “mestizos urbanos”, legitimada en su “bolivianidad” nativa por su ascendencia Tiwanaku, rescatase de la barbarie a su hermano indio, rebautizado como “mestizo campesino” para convertirlo en un actor moderno del estado-nación. La noción de señoríos post-Tiwanaku no es en absoluto un opuesto al Tiwanaku brillante, sino su contraste necesario, su sombra.

Sugerentemente, tras el surgimiento de la arqueología nacionalista se subalternizaron en extremo las narrativas locales sobre fenómenos arqueológicos. El mito de los *chullpas*, entidades de una humanidad pre-solar que construyó y habitó las torres funerarias (Pauwels, 1998), se omitió de todo recuento arqueológico. La narrativa arqueológica estatal, colonialista, invisibilizó al indígena y omitió el proceso colonial, al punto de ser denunciada por intelectuales indianistas como Silvia Rivera Cusicanqui (1980) y Carlos Mamani Condori (1992). Irónicamente, aunque estos autores son precursores de la discusión global sobre arqueologías indígenas (Hodder y Preucel, 1996), sus ideas no encontraron cabida en la academia arqueológica boliviana de la UMSA.

Al contrario, Arellano o Portugal Ortíz traspasaron la noción de señoríos aymaras a la arqueología universitaria desde los años 80. Algunos autores ensalzaron el carácter creativo de la academia de la UMSA, al cuestionar la visión nacionalista ponciana (Michel, 2009), pero la genealogía que planteamos sugiere lo contrario. Otros miembros de aquellas primeras generaciones profesionales reconocieron que, más allá de la indudable influencia procesual norteamericana de los 90, la arqueología de la UMSA es histórico-cultural (Strecker y Rivera, 2005). Si bien el número de egresados generó una mayor cobertura geográfica y estudio de las diversidades locales, la influencia del modelo anticipado por Ponce es, como vimos, notoria. Este modelo cladístico, afianzado en la intersección entre una influencia etnohistórica y los objetivos histórico-culturales, permanece vigente en la arqueología boliviana de hoy. Sin acusar a la arqueología universitaria de discriminatoria, ciertamente su irreflexión acarrea el uso de narrativas cuyos orígenes no son, en absoluto, inocentes.

Así, y contradiciendo a Ángel en algún aspecto, creemos que el colonialismo interno implícito en el esquema de señoríos no reside en su inserción en una escala evolucionista social. De hecho, ninguna aplicación del modelo al Intermedio tardío altiplánico explicita una definición teórica del señorío. El término no ha sido usado como un sinónimo de “jefatura” al interior de una lógica neo evolucionista procesual. En cambio, ha sido usado como sinónimo de “etnia” o “cultura arqueológica”, en términos cladísticos histórico culturales.

Entonces, el modelo de señoríos tiene el efecto de simplificar a las sociedades del Intermedio tardío, percibiéndolas ya no como bárbaras u oscuras, pero sí como esenciales y ahistóricas, llevando la noción de desarrollo endógeno al extremo de percibir continuidades territoriales inmutables sobre lapsos de más de tres siglos. Como consecuencia, se plantea una nueva frontera, ya no espacial sino temporal. Existe un antes y un después del 1100 d.C. en términos epistemológicos. Mientras el Formativo y Tiwanaku disfrutaban trayectorias evolutivas dinámicas de construcción gradual de la “complejidad” (Janusek, 2008; Stanish, 2003), el post-Tiwanaku bárbaro, oscuro, simple, no-estatal, “heterárquico”, se ve sumido en la estaticidad de un mosaico perenne de “eticidades” disgregadas. Útil para dibujar esta frontera es el “colapso” propuesto por Ponce, que los subsecuentes estudiosos estadounidenses han revestido superficialmente de teoría procesual o post-estructural: en todo caso, la noción de que Tiwanaku es algo cualitativamente distinto del post-Tiwanaku; no diferente en términos de rango, sino de tipo.

Reflexión y vías alternas

En suma, consideramos que la noción del colapso abrupto de un Tiwanaku civilizatorio y brillante para dar paso a un Intermedio tardío bárbaro y disgregado en señoríos halla sus motivaciones políticas en la necesidad de integrar de modo paternalista lo indígena a lo boliviano en tiempos nacionalistas. Este conjunto de nociones ha contribuido sustancialmente a formar tanto la arqueología procesual estadounidense, practicada sobre el Tiwanaku de la cuenca del Titicaca, como la arqueología cladística boliviana que aborda los “señoríos aymaras” en el resto del altiplano. Todo este bagaje conceptual acusa la influencia de los contextos políticos racistas y discriminatorios en los que primero se plantearon estas narrativas no inocentes. El peligro de continuar empleando estos conceptos, sin reflexión y discusión explícita, es la perpetuación casi inconsciente del colonialismo interno en la disciplina.

Al respecto, existen autores que han planteado antídotos a esta situación. Tal vez el más destacable sea Albarracín Jordán. Su aplicación de los principios andinos de segmentariedad, documentados histórica y etnográficamente, para interpretar el propio contexto social Tiwanaku (Albarracín-Jordán, 1996) y la posterior explicación detallada de esta dinámica (Albarracín-Jordán, 2007), llama la atención sobre la maleabilidad de las estructuras sociales andinas para articularse a diferentes escalas y explicar la “complejidad”. Sin duda, la crítica teórica a las narrativas nacionalista y de señoríos encuentra otro antecedente inmediato en el trabajo de Ángelo (2005b). Ya a nivel de estudios de caso, en el altiplano meridional encontramos la reconsideración del “señorío Mallku” de Axel Nielsen y Eduardo Berberian (2008); la resistencia a homologar territorio, etnia y estilo cerámico al evitar emplear el término étnico “Sora” para describir la cerámica de Paria (Gyarmati y Condarco, 2014), o la reunión de diferentes componentes cerámicos en un solo conjunto de valor étnico Qaraqara (Cruz, 2007). Asimismo, creemos que nuestro trabajo en el altiplano central viene sirviendo para relativizar la noción de frontera territorial y área cultural (Villanueva, 2013), y para resaltar las complejidades multi-escalares de la articulación supralocal a través del ceremonial comensalista, en el Intermedio tardío altiplánico (Villanueva, 2015).

Incluso la etnohistoria y la etnografía plantean ejemplos acerca de cómo las sociedades segmentarias andinas lograron articularse, para propósitos específicos, a escalas diversas, en un rango amplio desde el nivel inmediatamente supra-familiar (Izko, 1987), pasando por casos de articulación local como Quillaca-Azanaque (Espinoza Soriano, 1987), otros regionales como la confederación Colla (Julien, 2004) y otros incluso de índole supra-regional como Qaraqara-Charka (Platt et al., 2006). Considerando este potencial en función de los cinco siglos de duración de Tiwanaku, pensar que su monumentalidad arquitectónica –esgrimida usualmente como indicativa de diferencias cualitativas respecto a momentos posteriores– pudo ser alcanzada por articulaciones de carácter segmentario y corporativo, no resulta descabellado. Independizar nuestras narrativas de las nociones no inocentes de los “señoríos”, de las “fronteras étnicas” y del “colapso”, pensar que las diferencias entre el Tiwanaku y el post-Tiwanaku pueden ser de rango y no de tipo, trabajar en términos de articulación y continuidad en lugar de rupturas y de fronteras, son requisitos para considerar horizontes interpretativos más saludables.

Agradecimientos

Las primeras reflexiones acerca de estos tópicos se realizaron para la tesis de Magíster desarrollada al interior del Programa de Postgrado en Antropología UCN-UTA, en Chile. Debo agradecer a Emily Stovel por sugerir una mirada crítica sobre el aspecto cladístico del Intermedio Tardío, y a Marcela Sepúlveda por su guía en ese

emprendimiento y en la posterior investigación Doctoral. Asimismo, la motivación para investigar a fondo sobre la genealogía de estos conceptos provino de la invitación de Jédu Sagárnaga, editor de la revista Chachapuma, a participar de un volumen a diez años del deceso de Carlos Ponce Sanginés. Una versión más completa, que de hecho origina este texto, fue presentada en el simposio organizado por Patricia Ayala y Pablo Alonso González en la VIII Reunión de Teoría Arqueológica de América del Sur (TAAS), en La Paz.

Bibliografía

- » Albarracín Jordán, J. (2007). *La Formación del Estado Prehispánico en los Andes: origen y desarrollo de la sociedad segmentaria indígena*. La Paz: Fundación Bartolomé de Las Casas.
- » Albarracín Jordán, J. (1996). *Tiwanaku: Arqueología Regional y Dinámica Segmentaria*. La Paz: Plural.
- » Ángelo, D. (2005a). Sociedades, Ríos Y Rutas: Hacia Una Síntesis Crítica Del Pasado Prehispánico de La Región Sur de Bolivia. *Textos Antropológicos*, Nº 15 (2-3) (pp. 139-54).
- » Ángelo, D. (2005b). La Arqueología en Bolivia. Reflexiones sobre la disciplina a inicios del siglo XXI. *Arqueología Suramericana*, Nº 1 (2) (pp. 185-211).
- » Arano, S. (2015). Propuesta de afinamiento para la secuencia cerámica en sitios Pacajes. En: *La Rebelión de los Objetos Enfoque Cerámico, Anales de la Vigésimo Octava Reunión Anual de Etnología*. La Paz: MUSEF (pp. 111-132).
- » Arellano, J., Berberían, E. (1981). Mallku: El Señorío Post-Tiwanaku del Altiplano Sur de Bolivia. *Bulletin de l'Institut Français d'études Andines* Nº 10 (1-2) (pp. 51-84).
- » Arellano, J., Kuljis, D. (1986). Antecedentes preliminares de las investigaciones arqueológicas en la zona circuntitica de Bolivia (sector occidental sur). *Prehistóricas* Nº 1 (pp. 9-28).
- » Arguedas, A. (2012 [1909]). *Pueblo Enfermo*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
- » Bandelier, A. (1910). *The Islands of Titicaca and Koati*. Nueva York: The Hispanic Society of America.
- » Baptista Gumucio, M. (1975). *Tiwanaku*. Coira: Plata Publishing Ltd.
- » Bennett, W. C. (1934). *Excavations at Tiwanaku*. Nueva York: Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, Vol. XXXIV, Part III.
- » Bennett, W. C. (1950). Cultural Unity and Disunity in the Titicaca Basin. *American Antiquity* Nº XVI (2) (pp. 89-98).
- » Bouysse-Cassagne, Th. (1987). *La identidad Aymara; aproximación histórica. Siglo XV, siglo XVI*. La Paz: HISBOL.
- » Cruz, P. (2007). "Qaraqara e Inkas: el rostro indígena de Potosí. Estrategias de poder y supervivencia durante los siglos XV-XVI", en *Chachapuma* Nº 2 (pp. 29-40).
- » Espinoza Soriano, W. (1980). "Los Fundamentos Lingüísticos de la Etnohistoria Andina", en *Revista Española de Antropología Americana* Nº X (pp. 149-181).
- » Espinoza Soriano, W. (1981). "El Reino Aymara de Quillaca-Asanaque, Siglos XV y XVI", en *Revista del Museo Nacional* Nº XLV (pp. 175-274).
- » Gisbert, T., Arze, S., Cajías, M. (1987). *Arte Textil y Mundo Andino*. La Paz: Gisbert y Cia.
- » Guamán Poma de Ayala, F. (1993 [1615]). *Nueva Coronica y Buen Gobierno*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- » Gyarmati, J., Condarco, C., (2014). *Paria la Viexa. Pre-hispanic settlement patterns in the Paria basin, Bolivia, and its Inka provincial center*. Budapest: Museum of Ethnography.

- » Harris, O. (1987). “Los límites como problema: mapas etnohistóricos de los Andes bolivianos”, en Bouysson-Cassagne, Thérèse (ed.), *Saberes y memorias en los Andes, in memoriam Thierry Saignes*. Lima: IHEAL-IFEA (pp. 351-373).
- » Hodder, I., Preucel, R. (eds.) (1996). *Contemporary Archaeology in Theory*. Oxford: Blackwell.
- » Ibarra Grasso, D. (1944). “Ensayo sobre la arqueología boliviana” en *Relaciones de la Sociedad Argentina De Antropología* N° IV (pp. 133-150).
- » Ibarra Grasso, D. (1957a). “Un nuevo panorama de la Arqueología Boliviana”, en *Arqueología Boliviana 1. Primera Mesa Redonda*. La Paz: Alcaldía Municipal (pp. 233-285).
- » Ibarra Grasso, D. (1957b). “Últimas noticias sobre descubrimientos arqueológicos en Bolivia”, en *Arqueología Boliviana 1. Primera Mesa Redonda*. La Paz: Alcaldía Municipal (pp. 449-466).
- » Ibarra Grasso, D. (1958). “Arqueología del Departamento de Oruro”, en *Universidad* N° 8-13 (pp. 65-74).
- » Ibarra Grasso, D. (1965). *Prehistoria de Bolivia*. Cochabamba y La Paz: Los Amigos del Libro.
- » Ibarra Grasso, D., Querejazu Lewis, R. (1986). *30.000 años de prehistoria en Bolivia*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- » Izko, X. (1992). *La Doble Frontera: Ecología, Política y Ritual en el Altiplano Central*. La Paz: HISBOL/CERES.
- » Janusek, J. W. (1994). *State and local power in a prehispanic Andean polity: Changing patterns of urban residence in Tiwanaku and Lukurmata, Bolivia*. Chicago: Tesis doctoral, University of Chicago.
- » Janusek, J. W. (2003a). “Vessels, Time, and Society: Toward a ceramic chronology in the Tiwanaku heartland”, en Kolata, Alan (ed.) *Tiwanaku and its Hinterland 2: Urban and Rural Archaeology*. Washington D.C: Smithsonian Institution Press (pp. 33-89).
- » Janusek, J. W. (2003b). “The Changing Face of Tiwanaku Residential Life. State and Local Identity in an Andean City”, en Kolata, Alan (ed.) *Tiwanaku and its Hinterland 2: Urban and Rural Archaeology*. Washington D.C: Smithsonian Institution Press (pp. 264-295).
- » Janusek, J. W. (2005). *Identity and Power in the Ancient Andes: Tiwanaku cities through Time*. Nueva York: Routledge.
- » Janusek, J. W. (2008). *Ancient Tiwanaku*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Julien, C. (2004). *Hatunqolla: una perspectiva sobre el imperio incaico desde la región del lago Titicaca*. La Paz: CIMA.
- » Kesseli, R., Pärssinen, M. (2005). “Identidad étnica y muerte: torres funerarias (chullpas) como símbolos de poder étnico en el altiplano boliviano de Pakasa (1250-1600 d.C.)”, en *Bulletin de l’Institut Français d’études Andines* N° 34 (3) (pp. 379-410).
- » Kolata, A. (1986). “The Agricultural Foundations of the Tiwanaku State: A View from the Heartland”, en *American Antiquity* N° 51(4) (pp. 748-762).
- » Lecoq, P. (1985). “Ethnoarchéologie du salar d’Uyuni. Sel et cultures régionales Inter Salar”, en *Bulletin de l’Institut Français d’études Andines* N° XIV (1-2) (pp. 57-84).

- » Lecoq, P., Céspedes, R., (1997). “Panorama Archéologique des Zones Méridionales de Bolivie (Sud-est de Potosí)”, en *Bulletin de l’Institut Français d’études Andines* N° 26 (1) (pp. 21-61).
- » Lémuz, C. (2005). “Obituario. Carlos Ponce Sanjinés (1925-2005)”, en *Nuevos Aportes* N° 2 (pp. 77-82).
- » Lima, M. del P. (2012). “Caranguilla: la capital prehispánica de los carangas? Reestructuración de la perspectiva territorial a partir de la presencia de los inkas”, en Medinacelli, X. (ed.) *TurcoMarka. Hombres, dioses y paisaje en la historia de un pueblo orureño*. La Paz: Instituto de Estudios Bolivianos (pp. 49-74).
- » Lima, M. del P. (2014). “La presencia Inka y su relación con las poblaciones locales en la región occidental de Bolivia: los casos de Carangas y Quillacas, Oruro”, en Rivera, C. (ed.) *Ocupación Inka y dinámicas regionales en los Andes (siglos XV-XVII)*. La Paz: IFEA/Plural (pp. 45-66).
- » Lumbreras, L. G. (1974). “Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica”, en *Revista del Museo Nacional* N° 40 (pp. 55-85).
- » Loza, C. B. (2008). “Una “fiera de piedra” Tiwanaku, fallido símbolo de la nación boliviana”, en *Estudios Atacameños* N° 36 (pp. 93-115).
- » Mamani Condori, C. (1992). *Los aymaras frente a la historia: Dos ensayos metodológicos*. La Paz: Aruwiyiri.
- » Michel, M. (2000). *El señorío prehispánico de los Caranga*. La Paz: Tesis de diplomado, Universidad de la Cordillera.
- » Michel, M., Lémuz, C. (2001). “Introducción a la arqueología de la Cuenca del lago Poopó”, en Aguirre, C., Miranda, C., Verhasselt, Y. (eds.) *Contribución al conocimiento del sistema del Lago Titicaca*. La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia (pp. 397-419).
- » Michel, M. (2009). Retrospectiva de la arqueología en Bolivia. La Paz: Ponencia presentada al panel *La Bolivia del Siglo XXI y los desafíos de las ciencias sociales*.
- » Murra, J. V. (1975). *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- » Nielsen, A., Berberían, E. (2008). “El Señorío Mallku revisitado. Aportes al conocimiento de la historia prehispánica tardía de Lípez”, en Rivera, C. (ed.) *Arqueología de las Tierras Altas, Valles Interandinos y Tierras Bajas de Bolivia*. La Paz: IIAA-UMSA/PIEB/ASDI-SAREC (pp. 145-164).
- » Ortloff, C., Kolata, A. (1993). “Climate and Collapse: Agro-Ecological Perspectives on the Decline of the Tiwanaku State”, en *Journal of Archaeological Science* N° 20 (pp. 195-221).
- » Pärssinen, M., Kesseli, R., Faldín, J. (2010). “Paria, the southern Inka capital re-discovered”, en *Chungara* N° 42 (1) (pp. 235-246).
- » Patiño, T., Villanueva, J. (2008). “En la ciudad de los muertos. Excavaciones arqueológicas en Wayllani-Kunturamaya”, en *Chachapuma* N° 4 (pp. 31-43).
- » Pauwels, G. (1998). Los Últimos Chullpas, Alfred Mettraux en Chipaya (Enero-Febrero de 1931), en *Eco Andino* N° 6 (pp. 41-82).
- » Platt, T. (1987). “Entre ch’axwa y muxsa. Para una historia del pensamiento político Aymara”, en *Tres Reflexiones sobre el Pensamiento Andino*. La Paz: HISBOL (pp. 61-125).

- » Platt, T., Bouysson-Cassagne, T., Harris, O. (2006). *Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la Provincia de Charcas (Siglos XV-XVII). Historia Antropológica de una Confederación Aymara*. La Paz: IFEA, Plural Editores, University of St. Andrews, University of London, Inter American Foundation, FC-BCB.
- » Ponce Sanginés, C. (1953). “Investigaciones arqueológicas en Salla”, en *Khana Revista Municipal de Arte y Letras* N° 1-2 (pp. 27-30).
- » Ponce Sanginés, C. (1957). “Introducción”, en *Arqueología Boliviana 1. Primera Mesa Redonda*. La Paz: Alcaldía Municipal (pp. 15-34).
- » Ponce Sanginés, C. (1972). *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura. Ensayo de síntesis arqueológica* (primera edición). La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.
- » Ponce Sanginés, C. (1976). *Tiwanaku: Espacio, Tiempo y Cultura. Ensayo de síntesis arqueológica*(tercera edición). La Paz: Ediciones Pumapunku.
- » Ponce Sanginés, C. (1978a). *Panorama de la Arqueología Boliviana* (primera edición). La Paz: Instituto Nacional de Arqueología.
- » Ponce Sanginés, C. (1978b). *Apuntes sobre desarrollo nacional y arqueología*. La Paz: Instituto Nacional de Arqueología.
- » Ponce Sanginés, C. (1985). *Panorama de la Arqueología Boliviana* (segunda edición). La Paz: Juventud.
- » Ponce Sanginés, C. (1994). *Arthur Posnansky. Biografía intelectual de un pionero*. La Paz: CIMA.
- » Portugal Loayza, J. (2011). “Umasuyu: una entidad sociopolítica diferenciada o una parcialidad de Pakajaqi”, en *Textos Antropológicos* N° 16 (1) (pp. 63-80).
- » Portugal Ortíz, M. (1988). “Informe de la prospección a Pacajes (Etapa 1)”, en *Arqueología Boliviana* N° 3 (pp. 109-117).
- » Portugal Zamora, M. (1957). “Arqueología de La Paz”, en *Arqueología Boliviana 1. Primera Mesa Redonda*. La Paz: Alcaldía Municipal (pp. 343-401).
- » Posnansky, A. (1912). *Guía general ilustrada para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tihuanacu e islas del Sol y la Luna: (Titicaca y Koaty)*. La Paz: Boliviana.
- » Posnansky, A. (1945). *Tihuanacu. La cuna del hombre americano*, Tomo I. Nueva York: J.J. Augustin.
- » Reinaga, F. (2001 [1970]). *La revolución india*. La Paz: Ediciones Fundación Amautica Fausto Reinaga.
- » Rivera Cusicanqui, S. (1980). “La antropología y la arqueología boliviana: límites y perspectivas”, en *América Indígena* N° 40 (pp. 217-224).
- » Rydén, S. (1947). *Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia*. Gotemburgo: Eanders Boktryckeri Akiebolag.
- » Saignes, T. (1986). *En busca del poblamiento étnico de los Andes bolivianos (siglos XV y XVI)*. La Paz: MUSEF.
- » Sejas, A. (2014). “Cambios en las redes de interacción durante el período tardío al sur del lago Poopó, Bolivia”, en Rivera, C. (ed.) *Ocupación Inka y dinámicas regionales en los Andes (siglos XV-XVII)*. La Paz: IFEA/Plural (pp. 97-122).
- » Soruco, X. (2006). “La ininteligibilidad de lo cholo en Bolivia”, en *Tinkazos, Revista de Ciencias Sociales* N° 9 (21) (pp. 47-62).

- » Squier, E. (1870). “The promeval monuments of Peru compared with those in other parts of the world”, en *American Naturalist* N° IV (1) (pp. 1-17).
- » Stanish, C. (2003). *Ancient Titicaca: the evolution of complex society in southern Peru and northern Bolivia*. Berkeley y Londres: University of California Press.
- » Strecker, M., Rivera, C. (2005). *Arqueología y arte rupestre de Bolivia. Introducción y bibliografía*. Berlín: Ibero-Amerikanisches institut preussischer kulturbesitz.
- » Tamayo, F. (1975 [1910]). *La creación de la pedagogía nacional*. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario (Volumen II).
- » Ticona, M. (2012). “Aproximaciones arqueológicas al sitio de AntinCurahuara”, en Medinacelli, X. (ed.) *Turco Marka. Hombres, dioses y paisaje en la historia de un pueblo orureño*. La Paz: Instituto de Estudios Bolivianos (pp. 75-92).
- » Torero, A. (1970). “Lingüística e historia de la sociedad andina”, en *Anales Científicos de la Universidad Nacional Agraria* N° VIII (pp. 231-264).
- » Trimborn, H. (1967). *Archäologische Studien in Den Kordilleren Boliviens*. Berlin: Baessler-Archiv, Beiträge zur Völkerkunde.
- » Tschopik, M. (1946). *Some Notes on the archaeology of the Department of Puno, Peru*. Cambridge: Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology N° 27.
- » Villanueva, J. (2013). *Materiales Cerámicos y la Construcción Arqueológica de Pacajes y Carangas. Una evaluación arqueométrica de la frontera del Mauri-Desaguadero para el Período Intermedio tardío (ap. 1100-1450 d.C.) en el Altiplano Boliviano Central*. Arica: UTA-UCN-MECESUP.
- » Villanueva, J. (2015). “De la Pukara al Chullperío: Evaluando la articulación de comunidades imaginadas en el Carangas preinkaico”, en *Arqueoantropológicas* 5 (pp. 23-50).
- » Wiener, Ch. (1880). *Perú et Bolivie, Récit de voyages uividétudes archèologiques et ethnographiques et notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes*. Paris: Hachette.